

«A Enrique Granados le preguntaría cómo sonamos hoy en día como país»

Marta San Miguel
Escritora y
periodista

Tras su celebrado debut, llega mañana a las librerías 'Última escala', su declaración de amor por la música a través del compositor catalán



GUILLERMO BALBONA
Santander

«Habitados a los sonidos ajenos, temo que empecemos a ignorar nuestro propio silencio». La sentencia puede leerse en 'Última escala' (Libros del Asteroide), la segunda novela de la escritora y periodista Marta San Miguel (Santander, 1981). Una recreación pulcra de la vida y la huella del compositor y pianista Enrique Granados (Lérida, 1867- Canal de la Mancha, 1916), sembrada por una indagación reflexiva sobre el misterio de la música y el sonido de la memoria. Tras su celebrado debut con 'Antes del salto', la columnista de El Diario Montañés (y del resto de cabeceras del Grupo Vocento), Premio José Hierro de poesía, colaboradora de medios radiofónicos, ha braceado con la marea del lenguaje hasta llegar al epicentro del músico y del hombre. Lo constatable es que en la narrativa de esta melómana asoma la garantía periodística del rigor del dato; y, a su vez, en la escritura del oficio surge la textura literaria de la palabra, «aunque ninguna sirva para nombrar el efecto de la música cuando escuchamos». Su libro es sonido más vida.

—¿Qué suena entre el músico, el artista y el hombre Enrique Granados?

—Aunque sea la primera vez que lo escuchas, en su música hay algo familiar, como si te estuviera contando algo de ti mismo. Hijo de un militar, fue un niño que empezó tardísimo a estudiar música; gracias a un mecenas pudo formarse en París, y de adulto sacó adelante a sus seis hijos con su academia de piano, mientras se hacía un hueco como compositor. En su música no solo suena nuestra memoria como país, suena también el intento de un hombre por crear música, y sudó tinta para lograrlo.

—El lector virgen de su libro se preguntará, ¿por qué Granados?

—Basta con escuchar alguna de sus piezas para que te entre la curiosidad por saber quién fue ese hombre. En mi caso, sucedió cuando escuché por primera vez su Danza nº2, la Oriental: me sorprendió tanto que busqué su biografía y lo que leí me estremeció. La muerte nos alcanza a todos, sin embargo, el modo en que murió, al lanzarse al mar sin saber



La escritora Marta San Miguel posa junto al piano de la librería Gil, donde tendrá lugar una de las puestas de largo de 'Última escala'. ROBERTO RUIZ

SOBRE GRANADOS

«En todo lo que hacía buscaba la belleza y su sensibilidad le hacía ver la cualidad insólita que tiene lo cotidiano»

LOS EDITORES

«Escribir es solitario, pero fue fundamental su apoyo para equilibrar los hechos y el vuelo literario»

OBJETIVO

«Quería dar veracidad a su voz, pero sin imposter su identidad, y, para ello, sus cartas y su diario eran clave»

LA PREGUNTA

«Qué misterio es la música para hacernos lo que nos hace por dentro cuando la escuchamos»

nadar para salvar a su mujer después de que un submarino alemán torpedeara su barco, vuelve su música un testimonio aún más valioso por lo que dice de él, de la forma en que vivía, y por tanto, cómo creaba.

—¿Qué pregunta cree que se hará el lector tras cerrar las páginas de 'Última escala'?

—Espero que se haga muchas. ¿Habría saltado yo del barco en una situación similar? Es fácil comprender por qué lo hizo, pero todas las decisiones previas que lo llevaron hasta ese instante definitivo no son tan sencillas de entender. Y ahí es donde surgen las preguntas. Las vidas ajenas son un espejo en el que nos miramos, pero ante el espejo de Granados no es fácil sacar conclusiones de qué está bien o qué está mal cuando tienes que elegir entre la vida o el arte, las facturas o la fama, el genio o el padre.

—¿Siente más vértigo con su segunda novela, que desembarca ahora, que cuando debutó?

—Sí. La primera la escribí sin saber que se iba a publicar, pero con este segundo libro he notado la responsabilidad de que un lector me iba a dedicar su atención, su tiempo. Y ese es un vértigo que no se cura ni después de veinte años trabajando en un periódico.

—En la escritura de su nuevo libro mezcla géneros y voces de aquellos que escribieron sobre el compositor. ¿El desafío ha estado de algún modo en prolongar el eco de Enrique Granados?

—He dedicado varios años a documentarme para narrar con el mayor rigor posible la vida de Granados; visité museos y bibliotecas que contienen su archivo personal y viajé a los lugares donde vivió (Granadilla de Abona, París, Barcelona...). Quería dar veracidad a la voz del músico y enmarcarlo en su contexto histórico, pero sin imposter su identidad, y para ello ha sido clave leer sus cartas y su diario en libros como el de Miriam Perandones, que ha recopilado todo su epistolario, o el estudio biográfico de Josep Maria Rebés. En la documentación encontré historias buenísimas, como la de su hijo Enrique, y también datos que me sorprendieron,

como que la madre de Granados era de aquí, de Santander.

—Al final de la obra incluye 'Música para esta novela', una veintena de temas no solo del autor de 'Goyescas'. ¿Es una guía imprescindible, una invitación a vivir ese encuentro entre lo literario y lo musical?

—Son todas las piezas musicales que van saliendo en la novela y que construyen el mapa sonoro en el que se movía Granados; creo que no se puede entender a un músico sin el contexto que le rodea y por eso decidí incluir las piezas en un listado para el lector que quiera indagar en ellas. Además, al final del libro hemos incluido un QR con una lista de Spotify que contiene los mejores discos de Granados, conciertos, óperas, incluso grabaciones inéditas en las que se le puede escuchar tocar a él: cuando surgieron las primeras pianolas, Granados se lanzó a probar todo, era un aventurero, muy curioso, y lo poco que grabó está en esa lista. Me pregunto hasta dónde habría llegado Granados con la tecnología que tenemos ahora.

—¿Teme que la obra quede atrapada en la etiqueta fácil de biografía novelada?

—Cada lector pondrá su propia etiqueta cuando lea el libro, pero biografía no creo que sea una de ellas. La novela funciona en dos niveles; por un lado, es una recreación literaria de la vida de Granados, y por otro, una voz que habla desde el presente mientras recorre las huellas del músico por Barcelona y que reflexiona sobre cuestiones como qué hacemos con lo que heredamos, a qué suena nuestra memoria, y sobre todo, qué misterio es la música para hacernos lo que nos hace por dentro cuando la escuchamos.

—¿Qué enseñanza extrajo de 'Antes

del salto' que ha aplicado en 'Última escala'?

—Que uno escribe tachando, cortando y eliminando páginas enteras. A diferencia de la primera novela, esta es una mezcla de géneros, maneja mucha información y corría el riesgo de hundir la trama con demasiados datos. Escribir es solitario, pero no tienes por qué hacerlo solo, y fue fundamental el apoyo de mis editores para encontrar ese equilibrio entre los hechos y el vuelo literario.

—En toda aventura literaria, ¿hay un Titanic, el riesgo de lo inesperado, y un puerto desconocido, ese destino que no estaba previsto?

—En el proceso de escritura de 'Última escala' tumbé varias versiones, pero eso no diría que es un Titanic, sino parte del proceso. Con el punto final llegas a un puerto desconocido, hasta que te leen. Es fundamental para mí la experiencia de los lectores para comprender el libro. Yo puedo creer que he escrito una historia, pero luego, cuando compartes contigo tus ideas y reflexiones, ya sea en una presentación, en un club de lectura o en una entrevista, es como si el libro se completara, se vuelve más comprensible, lo agrandan.

—Sostiene que «la música llega donde el lenguaje no alcanza». ¿Pero 'Última escala' trata de verbalizar y nombrar otros sonidos?

—Empecé a escribir este libro tratando de entender qué nos hace la música, por qué aquella pieza de Granados me trastocó tanto cuando la escuché por primera vez, y sin embargo he terminado con más dudas y con una única certeza, que la música no se puede explicar. Por mucho que nuestro lenguaje sea riquísimo, ninguna palabra sirve para nombrar su efecto cuando escuchamos, pero ni

falta que hace: no hay utilidad en la belleza, simplemente es.

—La periodista Marta San Miguel, ¿qué le hubiese preguntado hoy en una entrevista a Granados?

—Donde mejor se expresaba era al piano, así que le pediría que tocara una pieza; él, que se dedicó a recopilar con Albéniz la música tradicional española, le preguntaría cómo sonamos hoy en día como país.

—Tras el músico catalán asoman palabras como elegancia, poética, intimismo, ternura, dulzura. ¿Alguna vez llegó a pensar que un poemario hubiese reflejado el ser y el estar de Granados?

—El libro lo cierra un poema de Joan Margarit titulado 'Goyescas', y es un guiño precisamente al poeta que fue Granados: en todo lo que hacía buscaba la belleza y su sensibilidad le hacía ver la cualidad insólita que tiene lo cotidiano; y lo traducía en poemas, en canciones, en dibujos, siempre estaba creando, daba igual el arte, hasta diseñó buena parte del vestuario de la ópera 'Goyescas'.

—«Donde no hay música, es más fácil que entre el ruido», escribe. ¿Puede ser una buena metáfora de la sociedad del presente?

—Más que una metáfora, es una advertencia.

—¿Memoria y melancolía son el motor de su travesía narrativa?

—La memoria, sin duda; me parece una fuente inagotable de aprendizaje para comprender todo lo que nos rodea. La melancolía en cambio no me interesa tanto; es un sentimiento hermoso, pero que te ata al pasado y te pierdes el momento, lo que te sucede en este instante.

—¿En sus páginas también ha buscado eso de que la mejor música a veces es el silencio?

—La nota más importante para componer es el silencio, los buenos músicos son los que saben manejarlo. Sin silencio no hay música.

—Las palabras, Granados, su novela, el ruido... ¿Todo menos ignorar nuestro propio silencio?

—Piense en todo lo que llamamos cada día, todos los mensajes no enviados, los deseos no verbalizados, las quejas no dichas... todo eso lo llamamos silencio, ¿cómo lo vamos a ignorar?

PALABRAS EN EL OLVIDO
JUAN LUIS FERNÁNDEZ

El olvido recordado



Un jubilado pregunta sarcásticamente a otro, a propósito de la merma de facultades: «¿Te acuerdas de cuando nos acordábamos?» Cayó en mis manos hace días un librito con comunicaciones al Coloquio de Royaumont de 1987 por los historiadores Yosef Yerushalmi (1932-2009), Nicole Loraux (1943-2003) y Hans Mommsen (1930-2015), más los filósofos Jean-Claude Milner (n. 1941) y Gianni Vattimo (1936-2023). Su tema común era 'usos del olvido'; fascinantes 90 páginas. Esta serie de artículos se titula 'Palabras en el olvido', así que recordemos hoy algo sobre el olvido.

Las palabras montañesas tradicionales (no necesariamente exclusivas del actual territorio cántabro) podemos dividir las tentativamente en: (1) olvidadas que ya nadie recuerda ni quedan registradas en ningún soporte; (2) olvidadas que recordamos que hemos olvidado, porque sí fueron anotadas y podemos rescatarlas de textos o tradiciones orales; (3) desusadas que caminan hacia el olvido si no las reanimamos con empleos renovados; y (4) utilizadas por algunos hablantes aún, normalmente de cierta edad, en rincones donde la lengua de antaño es resiliente.

Estrictamente hablando, la categoría de olvido absoluto es solo abstracta: habrá cantabrismos que desaparecieron sin dejar rastro, pero, si pudiéramos mencionarlos, entonces ya serían de la segunda categoría: los que recordamos haber olvidado. El olvido absoluto impone olvidar 'que' se olvidó, además de 'lo que' se olvidó. En cambio, el olvido recordado es más como «olvidé las llaves sobre la mesa» y «olvidé recoger el traje en la tintorería». La memoria de haber olvidado es una base sobre la cual recordar y, por ello, recobrar (las llaves, el traje, los montañesismos). Creo que las palabras desusadas han sido registradas en su mayoría, por lo que ya no llegarán a olvido absoluto, incluso si desaparecen de la conversación cotidiana. Y las aún habladas tienden a seguir ese mismo sendero: progresiva reclusión en la esfera de los lingüistas o literatos de intención rescatista. Entre los polos opuestos de la palabra vigente y la absolutamente olvidada, existe, pues, un terreno intermedio donde la expresión circula entre el creciente desuso social y el archivo erudito que, a la vez conserva y reserva, la guarda custodiada y reusable.

«Ahora mismo el periodismo no es que sea necesario, es que es curativo»

G. BALBONA

Santander

—El periodismo, que está en su ADN, vive un cambio acelerado. Desde fuera del día a día de la redacción, ¿cómo contempla ahora la profesión?

—Nos hemos vuelto reactivos, y no es

para menos: las redes sociales dominan la conversación pública de modo que funcionamos a golpe de reacciones y espasmos ante lo que pasa, con ese látigo virtual que nos empuja a estar siempre indignados, ofendidos. Ante eso, el periodismo tiene la cualidad de un bálsamo, porque frente a

la histeria de la actualidad, busca entender, priorizar y ordenar la actualidad para volverla asumible. Otra cosa es cómo se las arreglan las empresas para sostener un modelo de negocio amenazado por demasiados frentes, pero ahora mismo el periodismo no es que sea necesario, es que es curativo.

—Como columnista, ¿tiene su propio credo y mandamientos?

—Si tuviera un credo, no sería periodista, sino otra cosa. Me interesa más poner la mirada en las cosas que nos

unen que en las que nos separan, y lo que trato de hacer en las columnas es compartir con el lector las preguntas y los debates que la actualidad nos pone delante. Todos tenemos opiniones más o menos fundadas, pero lo que me interesa de los columnistas o periodistas que leo es que me confronten, que me hagan dudar y descubrir algo más que mi propia idea. —«El éxito de un periodista no está en ser leído, sino en ser creído», dice Manuel Vicent. ¿Algo que añadir?

—Amén.